

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

Poetarum Elegiacorum Testimonia et Fragmenta. Ediderunt BRUNO GENTILI et CAROLUS PRATO. Pars prior. Leipzig, Teubner, 1979, 242 pp.

La colección Teubner continúa con esta edición (tras la anterior de Teognis de Douglas Young) la tan necesaria renovación de la muy envejecida edición de Diehl de la *Anthologia Lyrica Graeca*.

Puede decirse que esta obra representaba, en ciertos aspectos, un retroceso respecto a la anterior edición de Bergk y que sólo parcialmente habían sido salvas sus deficiencias en las ediciones posteriores. Ciertamente, se había ganado terreno en cuanto a texto, aparato de lugares paralelos, de testimonios, en la edición de West y, antes, en otras parciales como las de Prato (Tirteo), Tarditi (testimonios de Solón), la mía. Todo esto ha ayudado, sin duda, a esta edición; véase por ejemplo la edición del papiro berlinense de Tirteo, dependiente de la de West. Pero sólo ahora hallamos, para los autores a que se refiere (Calino, Tirteo, Mimnermo, Solón, Focílides, Jenófanes), un trabajo exhaustivo desde los puntos de vista bibliográfico, crítico, reunión de paralelos, etc.

Se abre, tras el prefacio, con una rica colección de datos, «Grammatica et Metrica», referente a los diferentes poetas. Sigue una bibliografía muy amplia de ediciones, obras generales y estudios pertinentes a cada uno de los poetas. Viene a continuación la edición de los mismos por el orden indicado: va precedida la de cada uno por los «Testimonia Vitae atque Artis» y la acompañan los aparatos de testimonios, de lugares paralelos y el crítico. El libro se cierra con el «Index Auctorum» (de los autores antiguos que citan los fragmentos) y un muy útil «Index verborum».

Antes de hablar sobre los distintos aspectos de la edición, he de decir algunas cosas previas sobre la selección de autores y el orden de los fragmentos. En lo primero, se sigue un criterio tradicional. En realidad, más que ante una edición de los elegíacos arcaicos, nos hallamos ante la de una serie de autores en que predominan los poemas elegíacos: se editan los no elegíacos de Solón, Focílides y Jenófanes, no se editan las elegías de Arquíloco.

En cuanto al número de fragmentos, hay que decir que este sector de la literatura griega ha recibido últimamente poquísimas aportaciones. La principal es

la del papiro que aumenta el antiguo fr. 2 D. de Tirteo: el nuevo fragmento, ahora numerado como I^a, es editado siguiendo sobre todo a Turner y West (pero véase en el aparato el cuidadosísimo estudio que lleva, en el v. 13, a un texto distinto del de West). Véase también el fr. Solón 36 (= 41 W.), la inclusión en la ed. de Mimnermo de varios fragmentos no literales, el acertado criterio de añadir en Jenófanes todos los fragmentos (los hexámetros y yambotrocaicos). Puede dudarse sobre el acierto de la declaración de ciertos fragmentos como espurios, así en Demódoco. Resulta extraño que en Solón no aparezca el fr. señalado por R. Tosi en *QUCC* 25, 1977, p. 41.

Más problemática es la ordenación de los fragmentos. En líneas generales, Gentili y Prato siguen a Diehl, salvo en el caso de Mimnermo (orden original) y en el de Jenófanes (en general sobre Diels-Kranz). La verdad es que es éste un dominio de lo más escurridizo. Nuestros autores tienden a separar como fragmentos aislados algunos que Diehl u otros unificaban (en el caso de Solón, en el de los frs. 6 y 7 D. de Tirteo, que yo creo formaban parte de un mismo poema, etc.). Quizá esto sea prudente. Aunque no veo muy bien el porqué de la reorganización de los primeros fragmentos de Diehl. Tampoco veo clara la razón de la numeración 29, 29^a, 29^b en Solón (ni ciertos cambios del orden de Diehl en este autor). En Mimnermo se ha hecho un esfuerzo grande para lograr una nueva ordenación que distribuye los frs. entre la *Nanno*, la *Esmirneida* (sólo 2 frs.) y los «*Incertae sedis*». Es un acierto incluir frs. no literales, como ya dije. Pero aquí se incluyen en la *Nanno* fragmentos que sólo por pura conjetura le pertenecen. Parece seguirse un criterio distinto del del resto de la edición.

Todo esto, de todas maneras, son *peccata minuta*: nos movemos en un terreno demasiado incierto. Lo que es ejemplar es la perfección y riqueza de los tres aparatos: el de testimonios, el de paralelos y el crítico. El concepto de edición crítica está, evidentemente, evolucionando. Se dan aquí materiales casi completos para una edición comentada. El aparato crítico, concretamente, no sólo contiene los resultados de un nuevo y cuidadosísimo examen de múltiples manuscritos de la tradición indirecta, liberándonos así de la repetición tradicional de las lecturas de Bergk o Diehl. Contiene también referencias bibliográficas, notas explicativas del texto (sólo ahora entiendo Solón 8 D., 5, gracias a una de ellas, por poner un ejemplo), paralelos de contenido, justificaciones de la elección de la variante o conjetura introducida en el texto, indicaciones lexicográficas (fuentes de las palabras, su carácter de «nuevas»...), etc., etc. Es infinitamente superior en todos los aspectos a lo que teníamos hasta ahora.

Ciertamente, siempre se podrán echar cosas de menos. La advertencia dirigida a los atenienses contra Pisístrato en 12 y 13 (= 10 y 11 D.) creo que es imitación de la análoga de Estesícoro a los himerenses en un poema resumido por Aristóteles; y creo que, a su vez, este pasaje da origen a una fábula esópica, la 178 H. Inversamente, habrá quien dirá que ciertas referencias a obras generales como la *Paideia* de Jäger, la *Entdeckung des Geistes* de Snell, etc., etc., sobran en una edición crítica; que sobran igualmente comentarios sobre cuestiones de hecho bien conocidas. En todo caso, lo que no puede negarse es que los autores han leído a fondo la bibliografía y que, con la aducción de la misma, facilitan la labor a los estudiosos.

La edición crítica en sí misma manifiesta un criterio seguro, de tendencia conservadora. Se dejan con cruces lugares atormentados como Solón 1, 34 o Mimnermo 3 (= 12 D.), 5 que otros editores sanábamos de una manera u otra. Esto no

impide que en alguna ocasión los autores se decidan a la propia conjetura, combinando datos de los diversos manuscritos, así en el último pasaje cuando leen (v. 1) Αἰτὸ Πόλον θ' ἡμεῖς. Otras veces es un mejor conocimiento de la tradición manuscrita el que hace presentar como fundado en ella o en parte de ella lo que en ediciones anteriores aparecía como conjetura (así el δῆν de Solón 1, 16). Un importante esfuerzo crítico se hace en ciertos fragmentos mal transmitidos, así algunos de los *Silos* de Jenófanes.

Nos hallamos, en definitiva, ante una edición que representa un verdadero progreso, no sólo en la constitución del texto, sino también en la aducción de toda clase de documentación antigua y moderna para ilustrar éste, así como la vida y obra de los autores. También el gramático y el lexicógrafo pueden sacar gran utilidad. Unos cuadros finales dan las correspondencias con otras ediciones.

FRANCISCO R. ADRADOS

Comicorum Graecorum Fragmenta in Papyris reperta. Edidit COLINUS AUSTIN. Berlín y Nueva York, 1973, 454 pp.

Con muchísimo retraso damos noticias a nuestros lectores de esta excelente edición de Austin de los fragmentos cómicos procedentes de papiros. Excelente edición, decimos, y que además viene a llenar una laguna hondamente sentida. Pues tras las ediciones ya sobrepasadas de Kock y Meineke, los suplementos valiosos pero incompletos como el de Demianczuk y la fantasiosa y poco segura edición de Edmonds, ahora nos encontramos por primera vez con un instrumento de trabajo seguro y al día. Ciertamente que no se trata de una edición completa de los fragmentos de los cómicos, que el autor anuncia que publicará en nueve fascículos en colaboración con R. Kassel. Pero se trata de la labor más urgente.

Efectivamente, la edición de Austin viene a colocarse en la línea de la de Radt de Sófocles y otras ediciones paralelas, que se ocupan de los fragmentos papiáceos de un autor o grupo de autores, prescindiendo de los de transmisión manuscrita (directa o indirecta); en nuestro caso, se prescinde también de fragmentos papiáceos relativos a pasajes ya conocidos por vía manuscrita e incluso de fragmentos papiáceos (en el caso de Menandro) suficientemente editados y conocidos. Este proceder tiene el inconveniente de que no permite tener a la vista la totalidad de los fragmentos de una obra o autor, pero la ventaja de una mayor rapidez en la publicación. La ventaja de la eficacia y el carácter práctico, en suma. Ello se ve en nuestra edición, sobre todo, por los criterios seguidos para editar o no editar ciertos fragmentos de Menandro (véase p. VII).

A cambio de este inconveniente, nos encontramos con una edición verdaderamente moderna y al día, cuyo autor ha examinado directamente o en fotografía los más de los fragmentos y da de ellos, en un primer aparato, una descripción exhaustiva en cuanto a la minucia ortográfica. Hace preceder, además, cada fragmento de datos exhaustivos sobre los papiros, las ediciones anteriores, los comentarios, etc.; y, tras el aparato paleográfico, hay otro propiamente crítico donde se acumulan las conjeturas e interpretaciones (ajenas o propias), los paralelos, etc. El texto es impreso en la forma más próxima al papiro original (dando este *in extenso* cuando es un comentario, distinguiendo con el tipo de letra los lemas

que contienen palabras literales del poeta antiguo) y con un mínimo de conjeturas (éstas, como queda dicho, se dan en el segundo aparato).

Es, pues, un material utilísimo, presentado por otra parte en forma sobria y con un mínimo de indicaciones sobre reconstrucción de las comedias y otros temas conexos. Ahora bien, los aparatos y varios excelentes índices finales (entre ellos uno de *hapax legómena*) pueden ser una ayuda. También lo son las tablas de correspondencias con otras ediciones (noto que en una se dan las correspondencias con Sandbach, que faltan en los fragmentos: sin duda por ser esta edición sólo un año anterior a la de Austin).

Señalaría, finalmente, que a través de los lexicógrafos algunas palabras de ciertos fragmentos eran ya conocidas. En el aparato se hacen las referencias oportunas, pero una lista de este material habría sido bienvenida para los lexicógrafos, a fin de evitar posibles errores.

En fin, se trata de una obra sumamente cuidada y útil, que debería culminar lo antes posible en la prometida edición de los fragmentos de los cómicos (en que, por otra parte, gracias a los nuevos hallazgos, habrá de incluir ya material papirológico nuevo).

FRANCISCO R. ADRADOS

PORPHYRE. — *De l'abstinence*, t. II, livres II et III. Texte établi et traduit par JEAN BOUFFARTIGUE et MICHEL PATILLON. París, «Les Belles Lettres», 1979, 256 pp.

El tratado *De abstinentia* es un alegato en defensa del vegetarianismo por razones religiosas, filosóficas y éticas, más que dietéticas, escrito por Porfirio durante su estancia en Sicilia, probablemente no mucho después del 271 d. de C., y dirigido a su amigo y antiguo discípulo Castricio. El presente tomo comprende, en edición bilingüe, los libros II-III. En la primera parte del libro II, inspirada ampliamente en el *De pietate* de Teofrasto, se rechaza por injusta o impía la práctica de los sacrificios cruentos, estrechamente relacionada con la consumición de carne de animales; la segunda, una de las más importantes de toda la obra, contiene un esbozo de teología y demonología. El libro III, inspirado tal vez en Carnéades, intenta demostrar, en respuesta a objeciones estoicas y peripatéticas, que los animales tienen parte en la razón y deben, por tanto, tener también parte en la justicia. Estudiados ya en la Introducción general del t. I los temas relativos al autor y su obra y a los problemas de datación, contenido doctrinal y transmisión del texto, en las introducciones a los libros II-III del presente tomo los editores se contentan con analizar el contenido y estudiar detalladamente las fuentes de ambos libros. El texto va acompañado, como es usual en esta colección, de un aparato crítico de cuyo valor deben juzgar los especialistas. La traducción es siempre fiel, esmerada y clara. Cierran el tomo sesenta apretadas páginas de notas complementarias. Es de agradecer a ambos editores que nos hayan brindado esta edición bilingüe de una obra de la que no existían ninguna edición crítica y ninguna traducción modernas. Las últimas ediciones y traducciones son del siglo pasado.

J. IGAL

SYNESII CYRENENSIS *Epistolae*. ANTONIUS GARZYA recensuit. Romae, Typis Officinae Polygraphicae, 1979, LXIX + 331 pp.

A. Garzya es sin duda el mejor especialista con que contamos en las *Cartas* de Sinesio. Su labor está acreditada sobre todo por dos publicaciones que le han servido de preparación para la edición crítica que ahora presenta: *Storia e interpretazione di testi Bizantini: saggi e ricerche*, Oxford 1974, e «Inventario dei manoscritti delle *Epistole* di Sinesio», en *Atti dell'Accademia Pontaniana*, N. S. 22, 1973, pp. 251-294. La edición crítica de cartas como las de Sinesio que se nos han transmitido en recensión abierta ofrece además dificultades adicionales de poca monta. Sinesio no compiló ni editó su propio epistolario, sino que probablemente esta labor se debe a un compilador que acometería esta obra no mucho después de la muerte de Sinesio ca. 413. De ahí la dificultad en alcanzar lo que verdaderamente quiso decir el autor en diversas partes de la colección. Sin embargo, Garzya, aun reconociendo los muchos puntos oscuros en la transmisión del texto, no renuncia a la tarea de recuperar en lo posible el apógrafo del primer editor.

La edición va precedida de una introducción que incluye todo lo que se precisa y es suficiente en información manuscrita. En primer lugar, una lista de 269 manuscritos ordenados alfabéticamente según las bibliotecas de donde proceden. Sólo esta cifra, aunque no todos los manuscritos contengan el total de las 156 cartas editadas, nos da una idea de la enorme difusión conseguida por estas cartas y del ingente trabajo del editor. En efecto, afirma (p. VIII) que con alguna excepción ha examinado casi todos los códices *in situ*, habiendo colacionado muchos de ellos en foto o microfilm. Echo de menos una descripción, si no de todos, al menos de los manuscritos más importantes, aunque para ello remita a su tesis doctoral «Inventario dei manoscritti...» antes mencionada. Sigue un elenco de las principales ediciones impresas desde la Aldina de 1499 hasta la de R. Hercher (1873), los testimonios indirectos y su relación con el texto de los manuscritos. A continuación hace una clasificación de los manuscritos (descarta prácticamente los del siglo XVI en adelante) por el contenido y orden en que aparecen las cartas (salvo excepción descarta también los que contienen menos de 120 cartas). Estudia la múltiple contaminación que ha experimentado el texto y sitúa el arquetipo en el siglo X, distinguiendo además dos subarquetipos por los métodos al uso en crítica textual. Pese a lo complicado de la transmisión elabora un *stemma* basado en el principio de que es mejor esbozar un *stemma* por imperfecto que éste sea que carecer de él. Pero insiste al mismo tiempo en que el *stemma* refleja a lo sumo la estructura superficial, mientras que nunca llegaremos a la estructura profunda de la tradición sinesiana (p. LX). Viene a continuación la edición del texto con su aparato crítico múltiple [a) informativo sobre referencias en las cartas; b) de fuentes o citas antiguas; c) de la tradición manuscrita y d) sobre los testimonios indirectos] y los índices [de los destinatarios de las cartas, de los *incipit*, de autores citados por Sinesio (correlativo del aparato b) y de autores que alabaron las cartas de Sinesio (correlativo del aparato d), hasta nuestros días]. En suma, un cúmulo de información digerida y científicamente estratificada que se pone a disposición de los filólogos interesados en las ciencias de la antigüedad, historia, prosopografía, etc., que es en definitiva el cometido de toda edición crítica. Quede constancia por tanto de nuestra admiración y reconocimiento por esta edición que esconde muchas horas de trabajo y aliento investigador.

Tan sólo dos observaciones prácticas. Escoger como abreviatura de los distintos manuscritos más de una letra mayúscula (*Patm, Av, Pb, Ang*, cf. p. LXV), ¿no es antieconómico y resta transparencia al aparato crítico? Dicho aparato, ya de por sí complicado [dividido en cuatro secciones se convierte en séxtuple (p. 229), séptuple (p. 199) o incluso llega a tener once apartados (p. 104) como resultado de reanudarse con el comienzo de cada carta], ¿no ganaría en claridad manteniendo a lo largo de toda la edición la división cuatripartita y remitiendo a las líneas de cada página como único punto de referencia?

N. FERNÁNDEZ MARCOS

SANCTI IULIANI *Toletanae sedis episcopi opera, pars I. Cura et studio J. N. HILLGARTH, B. BISCHOFF, W. LEVISON. Corpus Christianorum*, t. 115. Turnhout, Brepols, 1967, LXXIV + 263 págs.

Un nuevo tomo de la colección del *Corpus Christianorum*, Serie Latina, que da cabida a las obras de Julián de Toledo, con excepción de *Antikeimena*, cuya edición correrá a cargo de A. Robles en volumen separado. Este tomo comprende, pues, la nueva edición de varias obras por J. N. Hillgarth: *Prognosticum*, *Apologeticum de tribus Capitulis* y *De comprobatione sextae aetatis*; la reimpresión de la *Historia Wambae* editada por W. Levison en los *Monumenta Germaniae Historica* (*SS. Mer.*, t. 5, 1910) y la de los *Versus ad Modoenum* de B. Bischoff, que apareció en *Hermes* 87, 1959, pp. 251-252. Limitaremos nuestras referencias a las debidas al trabajo de Hillgarth, aunque debemos observar que hubiera sido conveniente mantener la introducción de la *Historia Wambae* debida a Levison, ya que, si lo que se pretende es hacer asequible a los lectores la obra total de Julián, habría que proporcionar al lector la mayor información posible en cada una de las obras. Resultado también de la unión de ediciones de distintas épocas y manos es los distintos criterios aplicados en algunos aspectos, por ejemplo la lengua: perfectamente clásica en Hillgarth, Levison registra ciertos fenómenos de carácter tardío en lo que se refiere a grafías, morfología y sintaxis.

La introducción atiende a varios puntos: vida de S. Julián de Toledo, sobre todo en sus aspectos más polémicos, enfrentamiento con el Papado, fruto del cual es el *Apologeticum*, y la posible implicación de Julián en la deposición de Wamba. En ambas cuestiones la postura de Hillgarth es conciliadora, quizá en exceso. En una época de continuas turbulencias, la imagen del arzobispo de Toledo —sede regia— ajena a los acontecimientos políticos es poco convincente. Entre pp. XIV-XXI hay un subapartado dedicado a las obras de Julián, muy interesante en su calidad de resumen. Especial atractivo tienen las observaciones sobre el *Prognosticum*.

El núcleo de la introducción lo constituye la exposición sobre la tradición manuscrita de cada una de las obras: pp. XXII-LIX, *Prognosticum*; LIX-LXIII, *Epistola de Idalio*; LXIII-LXV, *Apologeticum*; LXV-LXXII, *De comprobatione sextae aetatis*. Cierra la introducción una bibliografía selecta. La desproporción en páginas a favor del *Prognosticum* es evidente, y debida, en gran medida, a su amplia difusión por Europa durante la Edad Media y, quizá también, al interés dedicado por Hillgarth a esta obra desde hace muchos años. Resulta del mayor interés la

discusión sobre las ediciones que sirvieron de base a la Lorenzana, sobre todo en función del carácter de la obra: suma de textos tomados a los Santos Padres; este problema repercute en la fijación del texto, ya que no siempre las ediciones de los Santos Padres utilizados coinciden en el texto con las lecturas que transmiten los manuscritos de Julián. El criterio adoptado por Hillgarth es conservador, en el sentido de que, siempre que existe un cierto consenso en la transmisión manuscrita, antepone dichas lecturas a las de los textos de los autores citados por Julián. El número de manuscritos localizados para el *Prognosticum* es de 186, y cinco son los utilizados para la edición, aunque el análisis de la transmisión se hace sobre el total. Esos cinco manuscritos representan las tres ramas de tradición, establecidas en el *stemma* (p. LI). La reducción resulta un tanto drástica, aun estando avalada por el profundo conocimiento de los materiales por parte del editor.

La amplia tradición manuscrita del *Prognosticum* contrasta con la del *De comprobatione sextae aetatis*, del que Hillgarth sólo conoce tres manuscritos. En cuanto al *Apologeticum*, el hecho de transmitirse unido a los códices de las Actas del XV Concilio de Toledo (888), permite al editor apoyarse en las conclusiones establecidas por G. Martínez Díez para la *Hispana*.

En cuanto al texto propiamente dicho, conviene llamar la atención, no sobre la tendencia clasicizante de las obras editadas por Hillgarth, sino sobre la ausencia de variantes en los manuscritos. No me refiero a las de índole ortográfica —Hillgarth advierte que no las va a incluir—, sino a las de carácter morfológico y sintáctico: extremada corrección en los regímenes verbales y preposicionales, respeto a los géneros, etc. Si no se trata de una omisión voluntaria en el aparato crítico, nos encontramos ante un latín mucho más correcto que el de Isidoro de Sevilla (por poner un término de referencia), en cuyas obras se perciben vacilaciones de este tipo, y este hecho podría constituir un punto de partida interesante, tanto para el análisis de la cultura como para posibles reflexiones sobre la fidelidad de los manuscritos en cuestiones de carácter morfológico y sintáctico.

C. CODOÑER

II. LINGÜÍSTICA

ADRADOS, FRANCISCO R. (director). — *Diccionario Griego-Español*, vol. I. Madrid, Instituto «Antonio de Nebrija», Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1980, CLVI + 155 pp.

Habent sua fata libelli: en 1962 —hace ahora veinte años— firmaba el profesor Adrados un contrato con el C. S. I. C por el que se comprometía a redactar, auxiliado por un grupo de colaboradores, un *Diccionario griego-español* (DGE) que superara en amplitud y extensión los diccionarios existentes, y que pusiera al día, al mismo tiempo, los actuales conocimientos de Literatura y Lexicografía griegas. Pero pronto modificóse el plan inicial (que preveía una «adaptación al español de los mejores diccionarios griegos en circulación, corrigiendo sus errores y complementándolos en las parcelas más desatendidas»); se preveía, también, la inclusión de lo que de aprovechable hubiera en algunos campos que, por lo general, suelen

L, 1.º. — 14

descuidar casi enteramente los diccionarios existentes, es decir, los papiros y la literatura cristiana. Así, el relativamente modesto plan inicial fue cambiando: la meta se centró en finalidades más elevadas y ambiciosas. Para decirlo con el propio director del *DGE*, «dar un paso adelante en la lexicografía griega y ofrecer una obra destinada también al público de otros países». La serie de dificultades, superadas gracias a un admirable espíritu de lucha, por las que pasó la labor de los redactores está contada en unas páginas iniciales donde se da a conocer lo que podríamos llamar la «biografía» de la obra. Finalmente, y tras muchos avatares, sale, por fin, el primer fascículo de este diccionario que no dudamos en calificar de ingente y que, calculando con cierto margen de error, será, posiblemente, el doble, en amplitud, del Liddell-Scott-Jones. Entre otras razones, porque LSJ sistemáticamente eliminan los nombres propios, las glosas de los diccionarios o léxicos antiguos y el léxico cristiano, en tanto que el *DGE* los incluye. Para lo cristiano, el despojo del *Lexicon* de Lampe le ha proporcionado interesante material.

La tarea que se propuso, pues —y que, contra muchos escepticismos, ha llevado a feliz término Adrados con sus colaboradores—, era sumamente arriesgada. Todos sabemos, por experiencia, que un diccionario, por completo que pretenda ser, difícilmente resiste un análisis en profundidad, sobre todo cuando se trata de términos especializados y técnicos. El mismo LSJ, hasta ahora referencia obligada, y, diríamos, instancia última en cuestiones lexicográficas, no resiste muy bien la crítica de un botánico, un zoólogo, un biólogo o un médico. Siempre se hallarán errores, confusiones, ausencias, fatalmente inevitables. Por ello, el director del *DGE*, curándose en salud, y adoptando, por otro lado, una actitud muy sensata, ha colocado en la cabecera misma de la obra unas palabras de Ephraim Chambers que aluden a la imposibilidad de componer el diccionario perfecto: pretenderlo sería diferir tanto su aparición, que nacería muerto.

Tras éste, creemos, obligado preámbulo, nuestra tarea es ofrecer un juicio imparcial sobre esta importante obra de la Filología clásica española, describiendo y tomando posiciones ante los principios, los métodos, los propósitos y las realizaciones del *DGE*.

Por lo pronto, y en lo que se refiere al número de autores despojados, así como a sus obras, diremos que el *DGE* abarca todos los autores de la literatura griega comprendidos entre Homero y los comienzos de la época bizantina, sin perjuicio de que algunos bizantinos sean tenidos en cuenta para determinados casos. Se incluyen, pues —y con ello se amplía el campo cubierto por LSJ—, muchos autores que no suelen estar representados en los mejores diccionarios. Hemos dicho ya que se han incorporado los autores cristianos, el léxico de los papiros, los óstraca y las inscripciones. También los autores que han llegado a nosotros fragmentariamente, sobre todo cuando se tiene seguridad de que estamos ante una cita literal.

Labor previa, en este caso, ha sido la de seleccionar las mejores ediciones en cada caso, sustituyendo aquellas que están superadas y dando prácticamente siempre la más reciente. Aunque no siempre lo más reciente, en las técnicas ecdóticas, es lo mejor. ¿Por qué —por ejemplo— servirse de Edmonds para los fragmentos de los cómicos, cuando todos conocemos su terrible manía de integrar de un modo muy personal los fragmentos? En una lista aparte se nos da la nómina de autores y obras (en latín y casi siempre con la abreviatura correspondiente, aunque el *DGE* tiene un apartado concreto de lista de abreviaturas). Difícil ha sido —o al menos una tarea enojosa— determinar la cronología de cada autor, y en mu-

chos casos ha tenido que tomarse posición ante problemas concretos de cronología. A la vista de estas apretadas páginas (XLIX-CXXII), podemos afirmar que en esta lista se contiene, íntegramente, toda la nómina completa de los autores griegos. Y eso, ciertamente, no es poco. El *DGE* incluye, además, en esas páginas introductorias una lista de los papiros, las inscripciones y los óstraca.

Dentro ya del contenido, señalaremos que en los *lemmata* se contienen las glosas antiguas (Hesiquio, *Etym. Gud.*, etc.) y, cuando ello es posible, se señala la aparición de la palabra en el léxico micénico (al tiempo se anuncia la próxima aparición de un *Diccionario micénico*). Aunque no siempre, se procura, cuando el caso es claro, dar la etimología. Aquí, pues, se ha adoptado el criterio selectivo de Chantraine.

La redacción de los artículos se basa, naturalmente, en las normas y principios establecidos en la ciencia lexicográfica, dando las distintas formas de los términos y sus acepciones por orden decreciente de las frecuencias semánticas. Los testimonios se dan siguiendo un orden cronológico, si bien, como veremos, en unos pocos casos este orden está ligeramente modificado.

Nuestro juicio global es, pues, sumamente positivo, no ya desde el punto de vista español: a nivel internacional, la aparición es un auténtico acontecimiento filológico. Sin duda alguna, como hemos avanzado antes, el *DGE* es una de las muestras más evidentes del enorme progreso que ha realizado la filología clásica española en los últimos cincuenta años (si es que hace cincuenta años se podía hablar seriamente de filología clásica española).

Naturalmente, el *DGE* presenta sus puntos flacos, sus errores, sus posibles confusiones. Y de ello queremos decir algo antes de finalizar esta reseña:

Por lo pronto, aunque ello ocurre muy pocas veces, hemos observado una cierta irregularidad, una falta de coherencia en la transcripción de algunos nombres propios. En algunos casos se transcribe un nombre a partir del nominativo; en otros, a partir del acusativo; hay casos en que la acentuación se hace a partir de la latina; en otros, de la griega. Por poner unos ejemplos: 'Αγαταρχίς se transcribe *Agatarquis*, mientras que casos como Αισχυλλίς se da en la forma *Esquiltide*. Véase asimismo el tratamiento de nombres como 'Αγαλλίς, 'Αγλαίς, etcétera.

En la misma línea de ideas, la acentuación de los nombres propios: aparte el hecho de que en algunos no se da la transcripción, hay fluctuaciones: 'Αγησιστράτᾱ se transcribe, correctamente, por *Agesistrata*, mientras que un nombre como Αισχυλλός se transcribe por *Esquilo* (de aplicar los criterios del acento y la cantidad, habría que decir *Esquilo*: quizá pese aquí la tradición del nombre). Pero es que hay otros casos: Αἰπιτός se transcribe como *Epito* (por *Epito*). No hay tampoco mucha coherencia en las finales de los nombres de tema en -ο: *Egimio* (Αἰγίμιος) contrasta con *Egimoros* (Αἰγίμορος: aquí hay, además, una cuestión de acento).

Nada tenemos que objetar a la inclusión de las palabras no griegas (ilirias, macedonias, latinas) que aparecen en griego en textos tardíos. Algún desliz hay que notar en la lista de autores: por poner un ejemplo, al citar la obra de Wellmann sobre los fragmentos de la escuela siciliana (Acrón, Filistión y Diocles) se da como título lo que, en realidad, es el subtítulo (*Fragmentsammlung der gr. Aerzte*).

Pasando ya a aspectos del contenido, señalaré algunos puntos concretos relativos a nombres de animales y plantas, aprovechando que he tenido que dirigir, recientemente, una tesis doctoral sobre fitónimos (J. Fortes, *Los fitónimos griegos*, en

L, 1.º. — 14*

prensa). En el art. αἶρα falta la cita más importante (*Dsc.* 2, 100 ss.), que es, precisamente, el pasaje donde se describe esta planta; en ἀκανθ(ς, se traduce el término por 'jilguero', 'cardelina' y 'verderón'. Ahora bien, jilguero/cardelina = *carduelis carduelis*, verderón = *carduelis chloris*. En el *DGE* (como por otra parte también en *LSJ*) se habla de ellos como si fueran una sola especie (además, el *carduelis spinos* es el lúgano). En ἀγριελαια la cita que se da de Teofrasto (2, 2, 5) se repite al dar la forma ἀγριέλαιος: pero es que Teofrasto sólo emplea la forma ἀγριέλαιος. En el art. ἀβρότονον corregir la errata (hay que leer ἄρρεν en neutro, e invertir el orden de los testimonios para seguir una correcta cronología: primero Dioscórides, luego Galeno, que lo toma de él; el mismo error comete *LSJ*). En ἀγάλλοχον es probable que haya un error: la lectura probable debe ser ἀγάλοχον, forma no recogida por el *DGE*, y que da Wellmann en su texto. Es norma del *DGE* dar el nombre científico de los animales y plantas: pero no aparece en el art. ἀηδών. En el art. ἀετός no se da el nombre científico de 'águila', pero sí cuando se cita la acepción de 'especie de raya' (*myliobatis aquila*).

JOSÉ ALSINA

HAUDRY, JEAN. — *L'indo-européen*. Col. «Que sais-je?». París, PUF, 1979, 128 pp.

J. H., profesor de Lingüística Ide. en Lyon, y cuyo libro sobre el empleo de los casos en védico ha sido ya cumplida y ampliamente reseñado, y muy criticado, en estas páginas (*EMERITA* 47, 1979, pp. 464-470), publica ahora en la popular colección «Que sais-je?» un pequeño volumen sobre el indoeuropeo en general. Lamento no poder exponer aquí con algún detalle, porque la ocasión no lo permite, ni tan siquiera el contenido —muy tradicional, por lo demás— de este brevísimo y denso volumen. Pero sí quisiera señalar, cuando menos, que se trata de un libro de contenido muy apretado, muy técnico, y sin concesión alguna al gran público, y no, por tanto, de un libro de divulgación. Pienso que hubiera sido mucho mejor, ya que esta colección suele sobrepasar con poco el centenar de páginas, exponer con algún detalle qué es el indoeuropeo, y no —ya digo que porque el espacio de la colección no lo permite— cómo es, o cuando menos llegar a una situación de compromiso. (Cuáles son las lenguas ides., y cuál su documentación más antigua, y sus formas modernas, etc., es un tema despachado en un párrafo de catorce líneas. Baste este botón como muestra.)

Si se ha estudiado *Ling. Ide.* este librito no dice ciertamente nada —nada nuevo, cuando menos—, y si no se ha estudiado —y en esta situación estarán los más de los hipotéticos lectores de este librito—, no informa bien, porque es de todo punto imposible, en tan poquísimas páginas, y tan sin concesiones, exponer tan vastísima materia. Quede para otra ocasión, que no tardará en llegar, la crítica pormenorizada de algunos de los extremos tratados por J. H., pero no quisiera terminar sin advertir que si algún profano en *Ling. Ide.* me pidiera una primera aproximación a esta ciencia no sería ciertamente este volumen el recomendado, sino ante todo el de P. Kretschmer (1925), menos conocido y citado de lo que se debiera, que es una maravilla como introducción, y que en su momento se tradujo al castellano (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1934), o bien el muy extendido entre nosotros de F. Villar (1971), mucho mejor como introducción, y, por cierto, no

citado en la bibliografía, y hubiera sido obligado; o todavía, en muchos puntos, la *Introducción* de Meillet, o incluso también —«last, but non least»— la *Kurz. vergl. Gramm.* de Brugmann.

Sobre los problemas referentes a la civilización, cultura, etnia, etc. de los indo-europeos, el autor publicará en breve, en esta misma colección, otro volumen titulado *Les Indo-européens*, que formará paralelo con este otro que se ocupa exclusivamente de cuestiones lingüísticas.

MIGUEL ÁNGEL SAN MARTÍN

RADT, FRITZ; WESTERBRINK, ABEL, y RADT, STEPHAN. — *Stellenregister und Verzeichnis der nichtlateinischen Wörter*. Vol. III de la *Lateinische Grammatik* de LEUMANN y HOFFMANN-SZANTYR. Munich, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1979, X + 227 pp.

Con la publicación de estos índices a la *Lat. Gramm.* de Leumann y Hoffmann-Szantyr (volúmenes a los que en adelante me referiré, respectivamente, como I y II) concluye de momento —y digo de momento porque en el breve prólogo a la edición de 1972 (cf. II, p. V) A. Szantyr piensa someter su libro a una «durchgreifende Revision»— una obra que propiamente comenzó en 1885 y cuya larguísima historia, si se describiera con algún detalle, nos podría dar muy bien una precisa idea de lo que ha ido siendo la Lingüística Latina en los últimos cien años. Para que la obra esté del todo acabada sólo queda —y esto es, por fortuna, algo meramente material— que la introducción general («Allgemeiner Teil») que va (encuadrada) al final de II, y con paginación independiente, lo que complica su referencia, obra conjunta de M. Leumann y A. Szantyr (cf. II, p. VI), ocupe su lugar natural a comienzos de I, delante de la Fonética. (Y ya que menciono esta introducción general no quisiera dejar de decir que es, con mucho, lo mejor que se ha hecho en este campo —mucho mejor, p. ej., que la primera parte de la *Introducción al latín* de Palmer—, y que estamos todavía a tiempo de traducir este centenar escaso de apretadas páginas y publicarlas en alguna colección de libros de divulgación científica.)

Estos índices constan propiamente de tres partes:

1) Índice de pasajes («Stellenregister») de la literatura latina citados a lo largo de I y II. Los autores, imitando en esto a D. Georgacas —el autor del volumen de índices de la *Griech. Gramm.* de E. Schwyzer—, señalan sólo fundamentalmente las citas que en el cuerpo de la obra, en I y II, van provistos de referencia precisa, y no, sin embargo, las que sólo llevan nombre de autor, y fácilmente localizables. Esto con cuatro excepciones: el *Mon. Ancyran.*, *Fest.*, *Paul. Diac.* y *Lex XII tab.* en I y, a más de éstas, las inscripciones osco-umbras y de las demás lenguas itálicas en I y II. Su enorme importancia y, antes que nada, utilidad no precisan apenas ser ponderadas: piénsese que, meramente al azar, he contado 290 documentaciones del *Amph.* de Plauto, o 295 de los frags. de Ennio, o 170 de las *Met.* de Apuleyo o 130 de *Adelph.* de Terencio. El autor de este índice ha realizado la colación, además (cf. p. 58 ss.), entre *D* (= E. Diehl, *Altlat. Inschr.*) con *CIL* I₂; éste era un punto importante en el que cojeaba I, y ya Leumann mismo era consciente de

ello (cf. I, pp. XXV y 7). El A., de otra parte, confiesa no haber verificado todas las citas a lo largo de todo su extenso trabajo. Yo mismo he verificado varios centenares, en varias calas, y puedo testificar de su exactitud.

2) Lista («Verzeichnis») de las palabras no latinas citadas a lo largo de I y II (las latinas ya vienen convenientemente citadas en los índices que Leumann y Hoffmann-Szantyr pusieron al final de sus obras; los índices de II, que se deben a Margarete Szantyr, son especialmente precisos y detallados). Las lenguas están ordenadas de manera alfabética, no sistemática u orgánica —y esto por razones prácticas, dice el A. (p. 175), lo cual es, cuando menos, discutible—, de modo que, p. ej., el árabe está entre el anglosajón (*sic*: «Angelsächsisch») y el armenio, o el etrusco, entre el inglés y el falisco. El A. ya, de antemano, pide indulgencia ante los posibles errores, y esto es bien comprensible, «zumal wenn der Kompilator —nos confiesa— sich nicht rühmen darf, auf allen in Register verzeichneten Sprachgebieten ein Sachverständiger zu sein» (p. 177). Y justamente para corroborar esto notemos que en la sección dedicada al español (p. 218) hay seis errores en veintidós palabras. Y digo errores y no erratas, porque verificados los pasajes (todos, menos uno, en II) compruebo que el A. ha copiado con absoluta fidelidad, hasta en esto, los errores de Hoffmann-Szantyr (¡si así hubieran procedido, con tal acribía, hasta en el error, los tonsurados monjes de los *scriptoria* medievales!). No señalo aquí estos errores-erratas porque éstos, al igual que otros muchos que he ido observando a lo largo de I y, sobre todo, de II, los envío directamente a los autores.

3) Correcciones y fe de erratas («Berichtigungen») a I y II. Nueva labor muy meritoria. Pero nótese, una vez más, que, p. ej., en I, pp. XV-XXVI, el A. señala tres erratas, y que no veo advertidas estas otras diez, que ahora sí copio; señalo sólo, entre paréntesis, la lectura correcta: p. XV, línea 28 («-ficus»), p. XV, l. 36 («Greek»), p. XVI, l. 20 («Recueil»), p. XVII, l. 19 («Boletín», «lingüística», «clásica»), p. XVII, l. 34 («philologie»), p. XXII, l. 12 («inscriptions»), p. XXIII, l. 3 («ἀλλαντοπόλης»), p. XXV, l. 5 («Homenaje»). Hay que decir también que estas erratas corresponden a las páginas dedicadas a la bibliografía, y que, en general, en el resto del libro no se advierten tantas.

Y paso ya a señalar a los autores de estos índices: los de I se deben a Abel Westerbrink, los de II a Fritz Radt, ex-redactor, según se nos informa en la portada, de una *Encyclopaedia of Organic Chemistry*, quien trabajó en estos índices hasta en el lecho mismo de su muerte. A Stephan Radt, hijo del anterior y profesor actualmente en la Universidad de Groninga, se debe la reelaboración y disposición final de todos los millares y millares de fichas, y su redacción final.

Nos encontramos, pues, ante un trabajo de pesada realización, nada brillante, que precisa de una paciencia y una meticulosidad ingentes, pero cuya utilidad es tanta que yo, desde aquí, muy modestamente, quisiera rendir a sus autores un tributo de, cuando menos, muy sincera gratitud. Y antes de terminar no quisiera dejar de recordar que los autores, a más de indulgencia ante los inevitables errores y erratas, piden que se les envíen todos cuantos los lectores adviertan en la consulta de estos índices.

MIGUEL ÁNGEL SAN MARTÍN

STAROBINSKI, JEAN. — *Words upon Words (the Anagrams of Ferdinand de Saussure)*, translated by OLIVIA EMMET, New Haven y Londres, Yale University Press, 1979, XII + 129 pp.

Words upon Words es la traducción inglesa de *Les mots sous les mots*, publicado por Editions Gallimard, París 1971. El objetivo del trabajo de Starobinski, que rindió su primer fruto en 1964 («Les anagrammes de Ferdinand de Saussure», *Mercure de France*, 1964, pp. 243-262) y luego otros en 1967, 1969 y 1970, es abrirnos las puertas de la curiosa teoría, nunca publicada, de los anagramas, que intentó construir el maestro ginebrino (*vid.* las pp. 14-15 de la traducción inglesa, por donde citaremos siempre, para conocer qué es un anagrama en la terminología de Saussure); el inmenso repertorio autógrafo, conservado en cuadernos que fueron clasificados por Robert Godel, y depositado en la Biblioteca Pública y Universitaria de Ginebra, se reparte, según el resumen de Starobinski (p. VII) en ocho cajas de diferente contenido: desde versos saturnios a anagramas sobre Homero, Virgilio, Lucrecio, Séneca, Horacio, Ovidio y otros autores latinos; además *carmina epigrammatica* e hipogramas ('palabras-tema', *vid.* p. 17 ss.) referidos a Angelo Poliziano, Rosati, Pascoli o traducciones de Thomas Johnson. El investigador puede obtener sustanciosos datos sobre el pensamiento lingüístico y las teorías poéticas de Saussure al explorar estos cuadernos y un ejemplo de ello es este librito donde, tan sólo, se utilizan a fondo algún pasaje de Virgilio, un vaticinio en saturnios, dos pasajes de Lucrecio, un texto de Séneca y un poema neolatino de Poliziano; a ello debe añadirse un extracto de la mayor parte de las reflexiones teóricas referidas a los Nibelungos, investigación que preocupó largos años al autor de los anagramas. Starobinski señala a justo título (p. VIII) que esta investigación precede en buena medida a la exposición de su *Cours de linguistique générale*; no hay que insistir, pues, sobre su importancia.

La obra de Starobinski se articula en seis capítulos cuyas preocupaciones se orientan, en primer lugar, a sentar la teoría del anagrama y del hipograma partiendo de la relación existente entre la historia, los acontecimientos y la literatura con su transposición legendaria (la misma que supondrá Saussure entre el hipograma y el texto poético desarrollado); buen ejemplo para ilustrar la teoría es la esencia misma del ritmo en los versos saturnios (algo más que aliteración), basado también en las palabras-tema, e, incluso, el ritmo de la poesía védica o la germánica con aliteración. Luego, la regla parece quebrarse y Starobinski recoge en el segundo capítulo el debate intenso de Saussure para reducirla a sus precisas coordenadas: así nacen las teorías del 'dífono' y del 'maniqué', que expone agudamente poniendo como ejemplo *Aen.* II 268-297. El tercer capítulo se pregunta sobre los orígenes de esta técnica versificatoria, que Saussure hace remontar a los poetas griegos y latinos (véase ahora el *uaticinium 'aquam albam'*, Tito Livio, V 16, 8), y el ambiente probablemente ritual y religioso de su nacimiento (como ejemplo, el preámbulo del *De rerum natura*, estudio publicado ya por Starobinski bajo el título «La puissance d'Aphrodite et le mensonge des coulisses. Ferdinand de Saussure lecteur de Lucrèce», *Change* 6, 1970, pp. 91-118). Después la técnica se desborda: el capítulo cuarto muestra sus efectos casi devastadores en el teatro de Séneca. Pero es que, tal vez, esos anagramas son pura casualidad y no surgen de la voluntad del poeta; Saussure inicia la «persecución de la prueba» (cap. V) para tranquilizar la sobresaltada conciencia; mas el silencio de los antiguos es inquieto.

tante y puede recibir una doble interpretación: o se trata de un secreto celosamente guardado (Cézard sonríe) o de un método tan simple y evidente que no merece la pena mencionarlo; siempre queda en la penumbra el *porqué*, como algo natural, más allá de la voluntad.

Sin embargo, basta observar la abundancia increíble de anagramas, incluso en autores tan tardíos como Angelo Poliziano (Starobinski ofrece una reproducción de algunas páginas consagradas a este autor en los cuadernos de Saussure) para darse cuenta de que no puede ser algo casual. La búsqueda se lleva hasta autores neolatinos contemporáneos a los que se pregunta, directamente por carta, su técnica versificatoria que, curiosamente, reproduce con maestría la antigua, anagramas incluidos. Y ahí nació la decepción, ya entrevista por nuestro aventurero: «a mayor número de ejemplos, más fácil es pensar que es el juego natural de las posibilidades de las 24 letras del alfabeto el que debe producir estas coincidencias casi regularmente» (p. 120). Pero de ahí nació también una gran verdad: el lenguaje es una fuente infinita y ofrece mil caminos distintos a quien quiera recorrerlo, y uno es el camino del crítico y otro, bien distinto, el del poeta.

Cierra Starobinski sus páginas con el eco discreto que obtuvo la investigación de Saussure en algunos amigos suyos como Meillet o Bally, quienes llegaron a pedir su publicación, cosa que el exigente maestro jamás se atrevió a hacer.

ANTONIO ALVAR EZQUERRA

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

Europäische Heldendichtung, herausgegeben von KLAUS VON SEE. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1978, 463 pp.

Esta colección de trabajos diversos relativos a la poesía épica europea, encabezada por uno original del editor, resulta muy interesante para hacerse una idea de conjunto sobre este importante sector de la Literatura comparada.

El trabajo inicial de von See, titulado «Was ist Heldendichtung?», presenta ya la problemática a través de la cual se mueve todo el libro: lo mítico y sacral de la épica o su carácter profano e individual, aspectos sociales e históricos de la misma, etc. Todo esto nos es presentado a lo largo de un panorama en que aparecen los nombres de Wikander y Höfler, Curtius, Bédier y Menéndez Pidal, Parry y Chadwick, con sus diversas ideas y posiciones de principio.

A partir de aquí, sin embargo, el libro avanza a través de una serie de grupos históricos de poesía épica: indoeuropea, griega, romana, germánica, francesa, española, serbocroata, rusa, celta. Los mismos problemas vuelven a aparecer constantemente. Por otra parte, hay que señalar que el método de exposición tiene otros inconvenientes. La épica indoeuropea no es un paralelo, más bien la reconstrucción de un estadio primitivo que deja muchísimos ecos en los diferentes capítulos. Tampoco lo es la épica latina, épica culta que habría que tratar aparte, seguida de la medieval y renacentista de tipo culto. Hay que notar que, al hablarse en el título de «épica europea», se prescinde de la épica india, que pertenece al mismo

tipo que la europea, tiene las mismas raíces (es tocada en el artículo de S. Wikander «Brávellir und Kurukshetra»). La épica celta está mal representada, sólo por un artículo sobre un poema particular.

Sin ocultar estos problemas de selección y organización, hay que insistir en que el libro ofrece una riqueza de materiales y puntos de vista que hace su lectura de lo más interesante. Por ejemplo, los dos artículos sobre épica indoeuropea, el de R. Schmitt y el de H. Humbach, a partir de materiales semejantes (lenguaje formulario común a la epopeya griega y a otras) saca conclusiones mucho más afirmativas en el caso del primer autor que en el del segundo. Este tema de la épica indoeuropea ofrece un panorama inferior al que hoy nos es dado contemplar, pese a que sigue el trabajo de Wikander citado, que señala los paralelos entre las dos batallas de Brávellir (en la epopeya germánica) y Kurukshetra (en la india), que atribuye a mitos indoeuropeos.

Son variados e importantes los trabajos que se recogen sobre la epopeya griega. Así como el de H. Strasburger hace una buena descripción del paisaje social que a través de ella trasluce, el de F. Pfister destaca, muy acertadamente, la conexión de sus principales personajes con el culto. El de W. Schadewaldt, al contrario, expone la conocida tesis del influjo de la *Memnonia* en la *Iliada*. Y otros dan precisiones sobre la figura del héroe épico. Ni se deja de dar un ejemplo (aunque limitado) del uso de las fórmulas (trabajo de M. Parry).

Los artículos sobre la épica germánica ya se mueven en el sentido de definir, también aquí, la figura del héroe (L. L. Schücking), ya en el de explicar los orígenes históricos y míticos de los *Nibelungos* (con polémica contra el *stemma* demasiado esquemático de Wais).

En la parte francesa, se enfrentan tesis contrapuestas: la de R. Curtius con su creencia en el influjo de la escuela virgiliana de Turol; la de los influjos de la Iglesia y las peregrinaciones (H.-W. Klein), la de la inspiración secular (D. D. R. Owen). Todo ello precedido de una exposición general, de A. Kuhn, y acompañado de un trabajo sobre el «carácter oral» de esta épica (E. Köhler).

Importantes son también los trabajos relacionados con la épica española (W. Mettmann, W. Kienast, G. T. Northup, E. de Chasca), la serbocroata (M. Braun, M. Murko, V. Schirmunski, L. Kretzenbacher) y la rusa (R. Trautmann, D. Gerhard). Los mismos temas de la historicidad (clara en toda esta épica, hasta llegarse al extremo de los poemas sobre el asesinato de Sarajevo en 1914), de las posiciones respecto a las estructuras sociales, salen una y otra vez. Y es notable la noticia sobre la épica musulmana en Bosnia, derivada de la eslava.

El trabajo de E. Windisch sobre un poema antiguo irlandés, el *Tain Bó Cúalnge*, nos presenta otra vez el mismo tipo de sociedad y de mentalidad heroica, unido a una indefinición de los hechos históricos. A través de la geografía y del tiempo nos movemos dentro del mismo círculo de problemas. Sería importante definir en qué medida responden a una tradición indoeuropea, en qué otra a su reanudación en circunstancias sociales de un tipo comparable, y en qué otra, finalmente, a una constante general, dentro de ciertas circunstancias sociales y espirituales, sin relación alguna con la herencia literaria.

Aunque presente algunas lagunas, bastantes repeticiones (inevitables, de otra parte) y tesis contrapuestas o diferentes o, quizá, precisamente por la visión caleidoscópica que todo esto permite, el libro es muy importante, como comenzamos diciendo, para los interesados en estos temas, que a veces carecen del dominio de los instrumentos necesarios para perseguir su objeto de interés de cultura en

cultura. Quizá sea prematuro pensar, hoy, en una gran obra sobre la épica de los pueblos indoeuropeos en su conjunto. En tanto, libros como éste contribuyen a llenar el vacío.

FRANCISCO R. ADRADOS

GEYER, CARL-FRIEDRICH. — *Einführung in die Philosophie der Antike*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1978, 220 pp.

Esta «Introducción» a la Filosofía antigua es de un tipo muy diferente del usual. La Filosofía griega es concebida como un *Denkprozess* o proceso de pensamiento que forma, en conjunto, un todo contradictorio. Son los temas o problemas los que forman el hilo conductor del libro, aunque el punto de vista histórico se deje también ver, como es natural.

Evidentemente, un alejamiento del biografismo y filologismo excesivos es de agradecer. Y el esfuerzo de ver la lógica de los sistemas y de la dialéctica interna entre ellos sobre la base del pensamiento actual, da frutos. El libro contiene análisis valiosos, por ejemplo, sobre los orígenes del pensamiento griego a partir del mito y la investigación de las *arkhai*, sobre la teoría sofística del conocimiento y la platónica. E introduce temas importantes que suelen olvidarse: así el del encuentro del Cristianismo y la Filosofía griega (interesante lo que dice sobre la creación del dogma), sobre la *gnosis* (aunque el calificarla sin más como «no filosofía» es demasiado tajante), etc.

Sin embargo, el libro padece al propio tiempo de sus puntos de partida. Y no por el carácter necesariamente selectivo de su estudio (hay lagunas muy grandes), ni siquiera por una organización a veces convencional (no se ve qué hace el estoicismo en la sección «Differenzierungen», que estudia concepciones escépticas y empíricas alejadas de las líneas centrales de la filosofía griega).

Ocurre que en un tratamiento de este tipo las ideas se mueven en una especie de vacío. Fuera de su circunstancia histórica es difícil o imposible comprender los sistemas de la Sofística o del Helenismo. Toda la Filosofía griega es concebida como una especie de juego ideológico abstracto, fuera del tiempo y del espacio; y aun yo diría que ese juego no está siempre bien captado, puesto que la línea que opone los dos sistemas fundamentales, el socrático-platónico-aristotélico-estoico y el democríteo-sofístico-epicúreo no está siempre bien trazada.

De otra parte, el interés del autor está decisivamente volcado hacia la teoría del conocimiento y la ontología. La ética se considera como un derivado, según una concepción que tiene una vieja tradición en Alemania, pero que está completamente superada. Aplicado este punto de vista (como se hace) a la Sofística, Sócrates, Platón o Epicuro, es simplemente inaceptable.

Es muy insuficiente y parcial la exposición de los presocráticos. La de lo que hay de filosofía en Roma, dada en un capítulo titulado «Die Idee der *humanitas*», se despega bastante del sistema del resto del libro. Es importante en cambio la atención prestada al escepticismo y empirismo, al «giro teológico» en época imperial, a la relación con el Cristianismo y a la búsqueda de la Unidad en Plotino.

Libro, pues, vario y desigual, con puntos de interés, con insuficiencias muy grandes. El mismo marco convencional de lo que es filosofía no está más que en parte superado: el capítulo sobre «Frühe Deutungen des Bösen» se ocupa de

los presocráticos, no del tratamiento de los temas morales en los líricos y autores de teatro.

Nos hallamos ante las consabidas limitaciones de los filósofos cuando hacen historia de la Filosofía. Los filólogos tenemos también, evidentemente, las nuestras. Si se pudieran unir las aportaciones de unos y otros —y las hay interesantes en este libro— se llegaría al verdadero método y a los más completos resultados. Y, sin duda, a un menor escepticismo del de nuestro autor sobre los resultados de la filosofía antigua, que valora más que nada como investigación de problemas.

El libro se cierra con una bibliografía selecta —y útil— ordenada por temas y con un registro de autores citados, antiguos y modernos.

FRANCISCO R. ADRADOS

BÖHME, ROBERT. — *Aeschylus correctus*. Berna y Munich, Francke Verlag, 1977, 107 pp.

Que las tragedias de Esquilo fueron re-compuestas por un poeta desconocido —tal vez uno de los hijos del propio Esquilo— en la última década del siglo v a. C. era la tesis de los dos estudios publicados por Böhme con el título *Bühnenbearbeitung äschyleischer Tragödien* en 1956 y 1959. El presente libro aplica con detenimiento dicha tesis a la *Oresteia* para señalar, por un lado, su distanciamiento respecto de las *Suplicantes*, que fecha en 461 —lo que le parece razón para considerar inexplicable la «modernidad» de la *Orestia*, que sólo estaría separada tres años de la trilogía de las *Danaiides*—; descubre, por otro lado, rasgos de influencia sofoclea en la *Oresteia* —ya en 1972 Böhme había publicado *Pelopiden und Poeten*, donde razonaba que el canibalismo de Tiestes, más de una vez aludido en la *Oresteia*, había sido por primera vez tratado en la tragedia en el *Tiestes* sofocleo, pieza que según él debía datarse entre 413 y 408— o de influencia eurípidea —entre varios ejemplos, uno de los más favorables a su tesis es el del patetismo del enfrentamiento entre Orestes y Clitemestra antes del matricidio.

La tesis de Böhme, en lo que se refiere a sus obras anteriores, fue en general muy mal recibida por los filólogos que se ocuparon de éstas. Ahora pasará probablemente lo mismo. La técnica y el espíritu de las distintas obras de cada trágico es algo sometido a una evolución, que actúa y se manifiesta diversamente según los temas y las situaciones dentro de una misma obra. Si esto es así, el análisis dirigido a señalar contradicciones, cambios en el tratamiento —psicológico, etcétera—, la «modernidad» de ciertas obras o de algunos lugares en ellas, etc., difícilmente podrá convencer —ni más ni menos que como el análisis homérico— a quienes consideren la unidad como característica necesaria de las obras literarias, y, sobre todo, a quienes consideren que el problema no es abordable con los solos recursos del análisis tradicional. Sin embargo, es pueril intentar prescindir de los datos aportados por el análisis de Böhme: plantean cuestiones que hay que resolver en cada obra y que suscitan el problema de la forma de composición de las tragedias y de la forma de aprendizaje de éstas por los actores. Como frecuentemente en las obras de este tipo, los datos sacados a la luz y analizados por Böhme impresionan a veces y globalmente considerados forman un conjunto que ha de disuadir a quien quiera prescindir por las buenas de ellos. Hay que explicarlos. Ahora bien, sólo repensar los datos aportados en otro marco teórico puede abrirnos caminos en el callejón ante el que Böhme nos deja: para sustentar

la tesis que sustentan, tales datos resultan mecánicos o susceptibles de diversas interpretaciones, cuando menos; otro marco teórico puede, en cambio, revalorizarlos, y puede que éste sea el de la composición y aprendizaje por parte de los actores mayoritariamente oral de la tragedia esquiléa; o dicho de otro modo: que, escritas o no, ni Esquilo ni los actores tenían de las tragedias la misma idea de obra acabada, intocable, que hoy podría parecernos normal. A lo mejor se trata sólo de un azar, pero la fecha conjeturalmente fijada por Böhme para la «fijación», digámoslo así, de la *Orestía*, la última década del siglo v, coincide con la que normalmente se acepta para la generalización en la cultura ateniense de una tecnología de la escritura referida a los productos literarios. Así, el libro puede dejarnos ante una serie de incógnitas, pero no ante un callejón sin salida (¿significa algo que un poeta reescribiera, a menos de medio siglo de distancia, las obras ya escritas por Esquilo?), y lejos de lo que su autor pretendía.

En cualquier caso, dejar de lado los análisis del autor sólo porque su tesis central no convence insisto en que es escurrir el bulto en una cuestión que no lo consiente. Habrá que buscar la solución por el camino que sea: algunos datos—desde luego, no todos— tienen peso y la están exigiendo.

C. MIRALLES

LANDFESTER, MANFRED.— *Handlungsverlauf und Komik in den frühen Komödien des Aristophanes*. Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte. Berlín, Walter de Gruyter, 1977, 305 pp.

M. Landfester, conocido por su estudio sobre *Los caballeros* de Aristófanes, nos ofrece aquí la primera parte retocada de su tesis de habilitación para la docencia universitaria que versó sobre «El factor sorpresa en la acción y la lengua de las comedias aristofánicas».

El objetivo de este trabajo es, según su autor, independizar el curso y la forma de la acción de las comedias aristofánicas de las hipótesis al uso sobre el origen de la comedia. Landfester opina que las diferentes partes de la acción cómica, delimitadas entre sí desde los puntos de vista dramático y temático, no son un simple reflejo de las diversas y primitivamente autónomas formas populares de la comedia, sino el resultado de la organización de la acción a partir del elemento cómico. Con ello no queda descartado el influjo de dichas formas populares en la comedia aristofánica; sólo se cambia la perspectiva, en cuanto que, para Landfester, la acción dramática, tanto en las formas cómicas populares como en las literarias, ha sido organizada básicamente con vistas a la comicidad.

El autor desarrolla su tesis en tres partes: una introducción sobre la acción en la Comedia Antigua; unos análisis detallados de las primeras comedias aristofánicas (hasta *La paz* inclusive); y unas conclusiones. Un apéndice de notas complementarias a *Las nubes* y *La paz*, una bibliografía y unos índices de temas, nombres y pasajes citados completan útilmente la obra.

En la primera parte Landfester discurre sobre el concepto de acción dramática, estudiando en primer lugar la relación entre la acción de la tragedia y la de la comedia; señala que hasta el siglo xx la Poética europea moderna se ha esforzado en aplicar un concepto de acción dramática común a tragedia y comedia, sin advertir que desde el siglo xv el concepto normativo de acción común a ambos

géneros dramáticos estaba orientado esencialmente hacia la tragedia griega con su unidad de acción y su estructura «cerrada». Las comedias que contradecían esta norma —y evidentemente la Comedia Antigua lo hace—, pasaban por inferiores. No se puede culpar a Aristóteles de esta extrapolación de su teoría; los responsables serían los teóricos de la Antigüedad tardía, como Horacio, que, bajo la impresión de la Comedia Nueva influida por la tragedia, trataron comedia y tragedia bajo el epígrafe común de «drama». De ellos procederían los aristotélicos de la Edad Moderna.

En la Poética moderna, bajo la impresión de los dramas de Shakespeare y Büchner entre otros, ha surgido un nuevo concepto de acción más amplio, aplicable también a tragedia y comedia: la acción «abierta». Pero no ha jugado ningún papel en la investigación de la Comedia Antigua —aunque es aplicable a ella en diversos aspectos—, porque la crítica filológica se ha aplicado más bien a investigar la «etimología» de la comedia, es decir, su prehistoria.

Según Landfester, para describir adecuadamente la acción de la Comedia Antigua hay que salir de esa doble dependencia (de la prehistoria de la Comedia y del modelo de la Tragedia) y analizar el material imparcialmente. De todos modos será útil la comparación con la Tragedia cuando venga a cuento.

Nunca fue un secreto que las comedias aristofánicas no cumplen las condiciones de la dramaturgia de la tragedia. Pero hasta fines del XVIII la comprobación de esas diferencias llevaba a un juicio peyorativo. La filología del XIX considera la Comedia como un género imperfecto que mejoraría en contacto con y por influencia de la Tragedia. Se creía que todavía podía captarse esa evolución en las comedias conservadas de Aristófanes y se creía ver en *Las aves*, *Lisístrata* y *Las tesfomorianes* una acción más correcta, lo que llevaba a elogiar esas comedias a expensas de las demás. Pero Landfester intenta demostrar en sus análisis que la posición privilegiada de estas comedias es una ficción o bien resulta de particularidades que no justifican el que se preconice una asimilación general de la acción de la Comedia a la de la Tragedia. Además, las comedias posteriores no continuarían esa tendencia. Landfester ejemplifica con *Los caballeros*, *Las aves* y *Las tesmoforiantes* el hecho de que Aristófanes, cuando toma elementos estructurales de la acción trágica, los utiliza de otro modo que los trágicos. Esto mostraría que la acción cómica sigue otros principios.

En cuanto a las teorías de Zielinski y sus continuadores, Landfester las considera un intento apologético para salvar los valores propios de la Comedia. Esta queda desvinculada de la Tragedia y enlazada con la «poesía popular griega». Finalmente, las dos teorías se combinarían y la historia de la Comedia se convierte en una amalgama de elementos populares heterogéneos bajo el influjo de la Tragedia. La tesis de Gelzer que atribuye la perduración de las partes tradicionales de la Comedia a su utilidad para la función política de la Comedia Antigua, no sería sino una variante de la teoría folklórica, que Landfester, sin embargo, no rechaza, aunque sí piensa que debe reducirse mucho su significado.

Por otra parte, el autor opina que un concepto de acción común a Tragedia y Comedia plantea problemas por la diferencia semántica entre ambos géneros, es decir, entre lo trágico y lo cómico. En su lugar propone crear conceptos de acción propios para cada género dramático. Examina la forma en que lo cómico y su resultado, lo risible o ridículo, han influido en la forma de la acción y recuerda que este planteamiento se remonta ya a F. Schlegel, aunque la crítica filológica posterior apenas le ha prestado atención. Para sacar partido de esta tesis hay

que describir la estructura de las diferentes partes de la acción en las comedias aristofánicas y a ello se aplica Landfester en los análisis subsiguientes, donde estudia las «constelaciones» (o interrelaciones) de personajes y el curso de la acción desde los presupuestos aristotélicos: lugar, tiempo, probabilidad, posibilidad, consecuencia -inconsecuencia de la acción; coordinación -subordinación, superfluidad -no superfluidad, mutabilidad -inmutabilidad de sus partes y, por fin, la tensión dramática.

Por último, en cuanto a la teoría que pretende explicar las particularidades de la acción cómica como consecuencia de la supuesta refundición de las comedias por obra de Aristófanes o de algún adaptador posterior, Landfester opina que es un argumento exagerado en exceso por influencia de la hipercrítica homérica. Hoy día, sólo se aceptan refundiciones, debidas al propio Aristófanes, en *Las nubes*, *La paz* y *Las ranas*.

Aunque el autor no maneja bibliografía española (salvo una cita de Lope de Vega) es evidente su esfuerzo por ofrecer un estado de la cuestión. Sin embargo, en la exposición de su tesis encuentro algunos fallos. Primero, el limitar la investigación a las primeras comedias de Aristófanes, lo que conduce a la provisionalidad de las conclusiones. Segundo, el no valorar adecuadamente la función del protagonista como elemento integrador de la acción y el insistir un poco ingenuamente en una presunta exigencia de integridad moral que impediría en ocasiones al espectador identificarse totalmente con él. El héroe cómico es, ante todo, un vencedor, entre cuyos rasgos ya destacó atinadamente Whitman la *πανουργία*. Demasiado artificiosa es, por otra parte, la distinción de tres tipos de relación entre los personajes: oposición, cooperación y separación; en realidad, el deslinde es difícil y los entrecruzamientos constantes, como el propio Landfester se ve obligado a admitir en ocasiones.

Finalmente, en el punto central de su tesis, el análisis de la relación de la acción de la Comedia y la constelación de personajes con lo cómico y su efecto, Landfester —junto a aciertos indudables en la descripción de los elementos constitutivos de la comicidad: el contraste, la sorpresa, la novedad, que encuentran su mejor expresión en una acción inconexa, no preparada, concreta, sincopada y en una escenificación y lenguaje consonantes—, vuelve a enredarse al definir al héroe cómico como el representante de la norma, cuando es justamente lo contrario. La realidad se le revuelve continuamente y se ve forzado a hacer distinguos y señalar excepciones a cada paso.

Todo ello no rebaja, sin embargo, el valor total de un estudio interesante y original que pretende, sobre todo, destacar la función crítica de la Comedia Antigua en el marco de la *polis* y, en el aspecto literario, asegurar su autonomía frente a la Tragedia, juzgando positivamente sus peculiaridades como el resultado de un propósito intencionado del poeta cómico. Si combinamos la hipótesis genética a partir del coro para las primeras fases de la Comedia con la tesis de Landfester para sus estadios superiores, sin olvidar el papel paradigmático de la Tragedia, especialmente en lo que afecta a la figura del héroe cómico y a la función didascálica del poeta, no andaremos seguramente muy lejos de una definición completa de la Comedia Antigua.

E. RODRÍGUEZ MONESCILLO

CASEVITZ, MICHEL. — *Commentaire des Oiseaux d'Aristophane*. Bibliothèque «Les hommes et les lettres». Lyon, Éditions L'Hermès, 1978, 103 pp.

M. Casevitz, catedrático de Gramática de la Universidad de Lyon II, pretende con este opúsculo ofrecer a los estudiantes de los diversos niveles una guía auxiliar para la lectura y comprensión de *Las aves*. No hay duda de que consigue plenamente su objetivo dentro de los límites impuestos por la brevedad de la obra, especialmente sensibles en la introducción. La bibliografía, que el propio autor titula sumaria, recoge lo más esencial sobre el tema, incluso con alguna incursión, en nota, en la española. El análisis estructural de la obra se basa en el de Th. Gelzer en su artículo de la *RE* y para el texto Casevitz se apoya en el de V. Coulon, si bien se aparta de él en un número importante de lugares. En general, Casevitz prefiere acertadamente seguir la lección de los manuscritos y, aunque alguna vez acepta conjeturas, no lo hace en la excesiva proporción que Coulon. En su fidelidad al texto quiere que figuren en él entre corchetes incluso las palabras suprimidas por buenos enmendantes. Aceptando en líneas generales sus propuestas, discrepo no obstante de los cambios de puntuación propuestos en los versos 167-70 y 1413, donde el texto de Coulon me parece preferible.

En cuanto al comentario, lógicamente más detallado que el de Van Daele, le supera en la abundancia de referencias tanto lingüísticas como literarias. Entre las primeras destacamos por su interés la observación sobre el frecuente uso del dual (a propósito del verso 19) y del diminutivo -αριον (a propósito del 582) en la lengua coloquial; entre las segundas señalemos en 685 y siguientes las notas sobre los precedentes literarios de la parábasis. Las correcciones a la traducción de Van Daele no me parecen, en cambio, siempre afortunadas; el ὄς del verso 85 me parece exclamativo y, en cambio, en 550 y 1119 lo entiendo, con Van Daele, como explicativo. En los versos 1-2 me parece más lógica y, sobre todo, más cómica la interpretación tradicional: Evélpides y Pistetero se dirigen a sus pájaros guías. En el verso 16 ἐκ τῶν ὀρνέων depende de τὸν ἔποπα, no de ἐγένετο, lo que sería redundante; en 167 prefiero la traducción, «a los que vuelan». En 608 el hecho de que παρ' αὐτῶν siga a παρὰ τοῦ me parece que habla en favor de la traducción de Van Daele. En 698 creo que Casevitz tiene razón en leer νυχίφ con los manuscritos y Desrousseaux, pero no en leer, también con este último, περόεν τι en vez de περόεντι. En 712 la traducción que Casevitz, siguiendo a Desrousseaux, propone para Ὀρέστη me parece un poco rebuscada. Muy atractiva es la sugerencia de acentuar Βασίλειαν en el verso 1536, siguiendo a R, en vez de Βασιλείαν con el resto de la tradición manuscrita, escolios y comentadores; se trataría de la «reina», no de la «realeza», es decir, según Casevitz, la paredro de Zeus, probablemente Atenea; pero en contra estaría quizá, aparte de los inconvenientes que el propio Casevitz anota, la alusión del verso 1605 a la τυράννις de Zeus.

Finalmente, hay que observar algunas erratas que afean el texto. En la página 21 hay que leer Ψ, no T en el nombre del ψηφισματοπώλης. En la página 33 hay que leer verso 177 y no 117 y en diversos lugares hay que corregir graffas defectuosas de τ.

E. RODRÍGUEZ MONESCILLO

LORITE MENA, JOSÉ. — *Pourquoi la Métaphysique? La voie de la sagesse selon Aristote.* París, Téqui, 1977, 384 pp.

Esta publicación sobre la metafísica de Aristóteles es la tesis doctoral del autor, presentada en la Universidad de Friburgo. En ella se nos ofrece una exposición sistemática del contenido de los libros I, II (*alfa minor*), VI-IX y XII de la *Metafísica*. No se trata de un comentario analítico, línea a línea, de estos libros. Sin embargo, el autor pretende seguir de cerca y con fidelidad la marcha del pensamiento aristotélico a través de estos libros y de ahí que no falten, junto a una constante referencia a los textos, el comentario y la interpretación no sólo de ciertas expresiones aristotélicas fundamentales, sino también de muchos pasajes de los libros citados.

Un intento de seguir la marcha del pensamiento aristotélico a través de los libros citados de la *Metafísica* presupone naturalmente una hipótesis general respecto de la articulación de todos ellos y respecto de la orientación filosófica subyacente a la evolución del pensamiento aristotélico. Se trata, pues, de una obra de tesis. La hipótesis general que maneja el autor es la de una unidad de orientación que preside —y subyace a— el proyecto filosófico de Aristóteles a lo largo de todo el período de producción de su *Metafísica* y que sería el siguiente: a) el objetivo último es la adquisición de la sabiduría entendida como captación del Bien-Fin en la *physis*; b) esto exige y supone una nueva actitud ante el universo físico bien distinta de la platónica, actitud a la cual corresponde el surgimiento de una ciencia nueva, la ontología o ciencia del «ente en tanto que ente»; c) la ontología no es la sabiduría, es una ciencia distinta que sirve de medio de acceso a esta última. A la luz de esta hipótesis global, el autor encuentra: 1) en los libros I-II la configuración de la noción aristotélica de la sabiduría; 2) la ciencia del ente en tanto que ente en los libros IV y VI-IX, y 3) la sabiduría (= teología) fundamentalmente en el libro XII. Este esquema general —que resulta atractivo— implica ya una toma de posición dualista respecto de la *Metafísica* aristotélica al afirmar que Ontología y Sabiduría (= Teología) son dos ciencias distintas para Aristóteles. (A pesar de admitir la unidad del proyecto, el autor afirma taxativamente en la p. 75 que la interpretación unitaria de la *Metafísica* «es imposible sostenerla actualmente»; como suele suceder con quienes optan por el dualismo, el autor evita entrar en un análisis serio de las cuatro líneas, 1026a29-32, con que termina el c. 1 del l. VI, seguramente porque no sabría qué hacer con ellas.)

En este libro hay, a mi juicio, de todo. Hay análisis interesantes y agudos y abundan también interpretaciones y lecturas que me parecen o erróneas o insostenibles, seguramente forzadas para hacer que los textos encajen en la visión global adoptada. Una discusión detallada de todos estos momentos de la exposición del autor excede, sin duda, de las posibilidades de esta nota. Me limitaré a comentar brevemente la lectura que se nos ofrece de dos pasajes especialmente importantes en relación con la articulación del esquema interpretativo del autor: los cc. 1 y 2 del l. II (*alfa minor*) y el c. 1 del l. IV.

Respecto del *alfa minor* el autor mantiene (y en ello no es el único, ciertamente) que el libro está bien donde está. Las razones específicas en que se apoya para tal afirmación son de coherencia con el esquema general que preside su interpretación. En efecto, y a juicio del autor, los ll. I y II responden al intento aristotélico de determinar qué es la sabiduría: el primero de ellos es insuficiente

al respecto y deja una laguna, ya que se limita a abordar la cuestión dialécticamente, atendiendo a lo que otros filósofos han afirmado sobre la sabiduría; el segundo completa el tratamiento del tema abordándolo ahistóricamente y ofreciendo ya de modo directo qué entiende Aristóteles mismo por sabiduría. Hasta aquí, todo bien. Pero como resulta que la sabiduría se supone que es el conocimiento del Bien-Fin, el autor se ve en la necesidad de encontrar en los dos primeros cc. del I. II la doble afirmación (inexistente en ellos, a mi juicio) de que: 1) hay un único principio y 2) este principio es el Bien. Veamos su exégesis. Al final del c. 1 se afirma que τὰς τῶν αἰὲν ὄντων ἀρχὰς ἀναγκαῖον εἶναι ἀληθεστάτας. El texto habla, pues, de los principios *de* los seres eternos (éstos, presumiblemente = los cuerpos celestes); pues bien, el autor comienza entendiendo que en esta frase se habla de «seres eternos como causas» (p. 49), a partir de lo cual se crea él mismo una aporía que se verá obligado a resolver como sea: esta afirmación de la existencia de una pluralidad de principios, ¿no contradice a la idea misma de sabiduría como conocimiento de un único principio, el Bien? Para resolver esta supuesta aporía el autor (sin base textual alguna) sostiene que esta afirmación de la existencia de una pluralidad de principios es meramente hipotética al final del c. 1 (?); a su juicio, el c. 2 viene a poner las cosas en su sitio afirmando, no ya hipotética sino categóricamente, la existencia de un único principio, el Bien. Pues bien, a nuestro juicio, esta afirmación ni está en el c. 2 ni tiene nada que ver con lo que en él se discute y se pretende demostrar. Lo que en este capítulo se trata de demostrar es que las causas son limitadas tanto en sus especies como en el número de las mismas en cualquier serie perteneciente a cualquiera de sus especies. El capítulo comienza diciendo: ἀλλὰ μὴν ὅτι γ' ἔστιν ἀρχὴ τις καὶ οὐκ ἀπειρα τὰ αἰτία τῶν ὄντων οὐτ' εἰς εὐθωρίαν οὐτε κατ' εἶδος δῆλον. Aquí no se habla de un único principio (suponemos que el autor interpreta así la expresión ἀρχὴ τις, pero lo que esta expresión dice y quiere decir es que en cualquier serie causal se llega necesariamente a algo que es primero; el καὶ es eexegetico). Tampoco este capítulo concede lugar privilegiado alguno al Bien-Fin, sino que se ocupa de probar la imposibilidad de series causales infinitas sin un primer término respecto de los cuatro tipos de causa que Aristóteles reconoce.

Por lo que se refiere al c. 1 del I. IV, la lectura que de él se nos ofrece (pp. 76-77) me parece inaceptable en dos puntos fundamentales. Así, la conocida afirmación según la cual las ciencias particulares «no se ocupan del ente en tanto que ente, sino que μέρος αὐτοῦ τι ἀποτεμόμεναι περὶ τοῦτο θεωροῦσι τὸ συμβεβηκός» (1003a24-5) le parece al autor extraña e inconsistente con la afirmación aristotélica de que la ciencia no se ocupa del accidente, lo que lleva al autor a interpretar que «pour Aristote toutes les sciences dites particulières considèrent un aspect accidentel par rapport au fait d'être»; pero, una vez más, la aporía es una falsa aporía y no es necesario recurrir a tan forzada interpretación: basta consultar el c. 30 del I. V de la *Metafísica* para comprobar que Aristóteles distingue dos sentidos de συμβεβηκός y que es el segundo el que aquí cuadra y que no tiene nada que ver con el otro sentido conforme al cual no es posible que la ciencia se ocupe del accidente. También nos parece poco afortunada la interpretación ofrecida del φύσεώς τινος (1003a27). La frase dice: ἐπεὶ δὲ τὰς ἀρχὰς καὶ τὰς ἀκροτάτας αἰτίας ζητοῦμεν, δῆλον ὡς φύσεώς τινος αὐτὰς ἀναγκαῖον εἶναι κάθ' αὐτήν (1003a26-28) y el autor comenta: «Ce rappel du livre A se situe aussitôt après la phrase où Aristote détermine l'objet de la nouvelle science.

Donc, le but au début du livre Γ est le même que celui proposé en A: une 'certaine nature' qui n'est que le Bien-Fin déjà posé» (p. 77). Esta peculiar indentificación de esa «cierta naturaleza» con el Bien-Fin no solamente es extraña e injustificable si nos atenemos al texto y al contexto, sino que, incluso, parece contraria a la propia tesis general del autor: si el Bien-Fin es el principio y causa suprema, ¿qué sentido tiene hablar de los principios y causas del mismo (aun cuando cupiera hacer del φύσεως τινος un genitivo subjetivo)? Más aún, si la ontología —ciencia de cuya naturaleza y estatuto se trata en este capítulo— se ocupa de las causas y principios del Bien-Fin, ¿por qué la insistencia del autor en afirmar que la teología es una ciencia distinta de la ontología? (A no ser que se pretendiera —lo cual sería abiertamente inconsistente con la sintaxis del texto— que este breve capítulo que no alcanza a completar veinte líneas trata, en sus primeras líneas, de una ciencia, la ontología; a continuación, de «otra» ciencia, la teología y, por último y al final, vuelve a tratar nuevamente de la ontología.)

Todas estas lecturas más o menos arbitrarias o insostenibles —y algunas otras semejantes— dejan la impresión de una obra poco rigurosa. Es una lástima, ya que el autor demuestra a lo largo de ella una apreciable erudición en lo referente a monografías y estudios sobre Aristóteles.

TOMÁS CALVO

MEILLIER, CLAUDE. — *Callimaque et son temps. Recherches sur la carrière et la condition d'un écrivain à l'époque des premiers Lagides*. Lille, Publications de l'Université de Lille III, 1979, 364 pp.

Meillier ha escrito un libro denso, lleno de cosas, citas, referencias e ideas. Un libro que hubiera merecido una presentación externa más noble. Dígase lo que se diga acerca de la superioridad de contenido sobre continente, lo cierto es que no es lo mismo leer un libro compuesto en las Clarendon Press de Oxford que un libro como éste, escrito a máquina, sin cursiva, con unos tipos griegos sensiblemente mayores que los latinos, desajustado de espacios, con el margen derecho anárquico y una cubierta digna de un tratado de medicina anestésica. No sé si a los clasicistas nos va a compensar, a la larga, hacer públicos de una manera tan lamentable nuestros trabajos. Quizá va a ser mejor guardar silencio escrito y dar cauce exclusivamente oral a nuestras invenciones, ocurrencias, genialidades y desatinos sobre los textos grecorromanos. ¿Hubieran sido Mommsen o Wilamowitz quienes son hoy, en nuestra agradecida memoria, si sus publicaciones hubiesen visto la luz de idéntica manera a como la Universidad de Lille ha editado el valioso trabajo de Meillier sobre Calímaco que ahora saludamos? Decididamente, es preferible publicar menos y mejor. La selva bibliográfica se va haciendo día a día más inhabitable. Y no contribuye a paliar el problema la actual manía de editar cualquier cosa y de cualquier manera. La selección es hoy más precisa que nunca.

En otro orden de cosas, el libro de Meillier apunta ideas interesantes. La distinción (p. 7) entre el concepto de «arte por el arte» a partir de los Parnasianos y la concepción de «arte por el arte» calímaquea es, por ejemplo, muy inteligente. La expresa el estudioso francés con estas palabras: «On peut, en recourant à nos concepts modernes, parler de poésie pure, d'art pour l'art, mais en ayant présent à l'esprit que cette poésie-là reste ressentie comme une activité sociale, l'opposition

avec la littérature engagée qu'implique la notion de poésie pure n'apparaissant guère dans l'Antiquité». Y es que en la Alejandría del siglo III antes de Cristo no existía el poeta solitario que escribe como si nadie, aparentemente al menos, fuese a recibir su mensaje. En la época de Calímaco, el poeta tiene continuamente presente al destinatario de su poesía, al lector que recitará —y recitar es mucho más que leer— su obra. La escritura es todavía sólo un medio de transmisión. Sobre estas coordenadas dispone Claude Meillier su tinglado erudito: entendiendo la poesía helenística como un hecho social complejo que, sin ningún recelo, puede considerarse como el reflejo de la sociedad en cuyo seno se desarrolla.

Ya en el terreno del recuerdo culto y refinado, Meillier trae a colación una imagen de Salmasius, retomada por Pfeiffer, en la que puede verse al alejandrino ofreciendo a la historia de las letras helénicas «la douce saveur des fruits de l'automne», mientras que el resplandor del verano y la frescura de la primavera lo aportan los poetas trágicos y las obras de Homero y Hesíodo (pp. 233-234). También tejen metáforas los filólogos.

Que Meillier ha calado hondo en el ser del alejandrino y de la poesía helenística lo prueban párrafos como éste, en el que, además de caracterizar a la perfección el quehacer de Calímaco y sus contemporáneos, el autor vuelve a reivindicar un estudio de la literatura en sus condiciones sociales y hasta políticas: «Les aspects les plus formels de l'alexandrinisme, en particulier les raffinements de l'expression, l'introduction de l'érudition dans la création poétique, les orientations nouvelles dans les genres ou dans le contenu des œuvres, font l'objet d'études spécifiquement littéraires. Mais l'ensemble du phénomène lui-même n'est pas apparu en dehors de conditions historiques». Y concluye nuestro erudito: «L'étude de la poésie alexandrine n'est pas seulement celle d'une histoire littéraire, mais une étude historique de la littérature».

Ese es el modelo de estudio que Meillier nos propone en *Callimaque et son temps*. Y ésa es la más relevante originalidad de su trabajo.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

HUNGER, H. — *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*. Handbuch der Altertumswissenschaft, Abt. 12; *Byzantinisches Handbuch*, Teil 5. Munich, Beck, 1978. Bd. 1: XXVI + 542 pp.; Bd. 2: XX + 528 pp.

La sustitución de la vetusta *Geschichte der Byzantinischen Litteratur* de Karl Krumbacher, Munich 1897, obra espléndidamente única en su momento y meritísima en todo tiempo, era una acuciante necesidad que urgía, con su fecha, la vastedad inconmensurable del asunto y el laboreo continuo en los manuscritos, que ha ido cuajando en estas décadas de investigación bizantinística en múltiples y dispersas ediciones y en un sinfín de nuevos estudios, comentarios y noticias. Es una selva enmarañada y creciente. (Un solo dato sugeridor: en 1890, fecha de la primera edición de la *Geschichte* del profesor de Munich, no existía en el mundo una sola *Fachschrift* atañente a la literatura bizantina; en 1897, habían nacido ya la *Byzantinische Zeitschrift* del propio Krumbacher —1892— y el *Vizantijskij Vremennik* de San Petersburgo —1894—; en 1980, frisan en la veintena, entre revistas y series periódicas, las publicaciones de difusión internacional que, exclusiva o

principalmente, están consagradas a los textos y problemas de la literatura y lengua de Bizancio, sin hacer entrar en cuenta la riada de libros y monografías sueltas o de aportaciones esporádicas en otro tipo de colecciones o revistas.)

Las condiciones del tema y de su investigación favorecían, y acaso forzaron, que, al irse actualizando el *Handbuch*, se escogiese un modo de tratamiento de esta materia que explica el contenido y título de la obra. No pretende ya ella abarcar, como la de Krumbacher, toda la literatura bizantina religiosa y profana, así de nivel culto como del vulgar, sino, única y exclusivamente, la profana de expresión cuidada o, más de intento, literaria. Los dos dominios de aquí excluidos —los escritos eclesiásticos y teológicos y los de carácter popular o en lengua y estilo llanos (la *Vulgärgriechische Litteratur* de Krumbacher)— se han asignado en el *Handbuch* a sendas obras, ambas de la autoría de Hans-Georg Beck, y ya antes aparecidas en la misma colección y sección: *Kirche und theologische Literatur im Byzantinischen Reich* (*Byz. Hdb.* II 1), 1959, 1977z, XVI + 835 pp., y *Geschichte der Byzantinischen Volksliteratur* (*Byz. Hdb.* III 3), 1971, XXII + 233 pp.

Importa, ante todo, consignar las características restantes del tratado. El período a que se ciñe es, al igual que en Krumbacher, desde Justiniano (527-565) al 1453. Los autores de los siglos IV-V se mencionan sólo por vía de necesario complemento o alusión, y hay que seguir dependiendo, para ellos, de la segunda parte del Schmid-Stählin o de la bibliografía dispersa. A un ordenamiento cronológico por escritores y obras, dentro de períodos acotados de la evolución histórica general, se ha preferido, no menos marcadamente que en Krumbacher, la íntegra distribución lineal por géneros, de cabo a rabo de la época estudiada. Manifiesta Hunger su persuasión, basándose en el predominante retoricismo ahistórico de muchos escritos bizantinos y en la imponente masa de los materiales, de que cualquiera otra forma expositiva sería casi un contrasentido y un imposible («wenig sinnvoll... und... ein Adynaton»).

Es inevitable que padezca con ello la unicidad orgánica de la información relativa a cada autor y, como concede Hunger, la plenitud, e incluso la holgada suficiencia, de las noticias, en especial de las biográficas. Pero bueno es saber que se proyecta por la editorial Beck, para subvenir a esta carencia, un futuro diccionario bio-bibliográfico de los escritores bizantinos, al modo del *Tusculum-Lexicon griechischen und lateinischen Autoren des Altertums und des Mittelalters*, de Buchwald-Hohlweg-Prinz. Mucho más que para estos autores, será indispensable tal repertorio instrumental para los de Bizancio. Abreviará, por lo pronto, múltiples consultas, búsquedas, digresiones y rodeos, hoy inexcusables, y acaso constituya, en sucesivas refundiciones incrementadas y mejoradas, una armazón sólida de datos y criterios contrastados que facilite, o *in toto* o por períodos, una nueva estructuración de la materia, o disposiciones sistemáticas variadas que aseguren progresivamente la orientación y ardua penetración, comprensiva y en detalle, en el maremágnum de personajes y obras del milenio largo de la literatura de Bizancio.

A este fin último de clarificación sistemática, lúcidamente crítica, extendido al conjunto de obras y autores hoy conocidos y al estado de su investigación, es evidente que contribuye de modo extraordinario desde ahora el presente tratado del doctísimo maestro de Viena, como antes los de Beck; pero, como se funda en obligados presupuestos de selección y síntesis, imperados por la atención primaria al género literario o, aquí y allá, a un *topos* filosófico, cultural, etc., no puede sorprender, en cuanto a autores o escritos, la falta de amplitud de las semblanzas o de los comentarios individualizados. Consecuencia inherente, por otra

parte, a la tripartición de la materia en el *Byz. Hdb.* es que, para conseguir recomponer la imagen de un literato determinado debamos, con harta frecuencia, ir extrayendo y asociando párrafos y cláusulas de muy apartadas secciones de los volúmenes de Hunger o de Beck. Esta servidumbre es tan forzosa cuanto fueron predilectas de los bizantinos la polimatía y poligrafía y cuanto más se ha pretendido en la exposición que reseñamos el deslinde y enfoque por géneros de la producción literaria. ¿Habrá habido en Bizancio algún escritor de nota en que no haya convivido, en una pieza, un hagiógrafo con un cultor de un género retórico, o con un epistológrafo, o con un poeta a lo humano o a lo divino, o con un compositor de un relato histórico o cronístico, o de un ensayo de Ciencia, Política o Derecho? Y la epístola, por ejemplo, forma en sí retórica, ¿a qué otros géneros y temas no habrá servido en Bizancio?

Estas reflexiones dejan ver los pros y contras que se seguirían de una u otra manera de abordar la presentación de las obras literarias: o como productos heterogéneos de un mismo autor o como muestras aisladas del género a que pertenezcan. Hunger navega siempre airoosamente entre ambas sirtes, avanzando muchas más veces sobre las aguas de fondo de la visión del género, costeanado otras con destreza las islas y archipiélagos de los análisis y encuadres de obras o autores.

Señalemos, como ejemplo del primer caso, su agudo e intuitivo diseño de la Filosofía en Bizancio mediante el estudio de la evolución semántica de φιλοσοφία y su familia léxica y el de las antinomias «platonismo»/«aristotelismo» y «filosofía»/«teología» (I, pp. 4-62), o también la síntesis logradísima del concepto y caracteres de la Epistolografía (I, pp. 199-239); y resaltemos, del segundo tipo, el tratamiento de la Historiografía, que constituye el torso hercúleo del tomo I (pp. 243-504) y es, a nuestro entender, una exposición soberbia, remozada y críticamente enriquecida, de esta área trascendental del legado literario bizantino. La *Inkonsequenz* de haber aliado aquí, con tal felicidad, el tratamiento genérico con el individualizado, no es de las que, a mi juicio, puedan merecer de los revisores más que admiración y plácemes.

Precisemos, por último, los elementos del contenido. Se presentan en el tomo I los géneros de Filosofía, Retórica, Epistolografía, Historia y Cronística, Geografía; se dedica el II a Filología, Poesía, Música (colaboración de Ch. Hannick), Matemáticas y Astronomía, Ciencias de la Naturaleza, Medicina, Ciencia militar, Ciencia del Derecho (aspecto de lo bizantino que carecía de exposición de conjunto y que ya nos brinda, en las producciones más destacadas, la colaboración de P. E. Pieler). Cierran el tomo II tres índices: I) Mss. citados; II) Autores, títulos y cosas; III) Autores modernos o de referencia bibliográfica.

Se haría imposible, y resultaría pedante y cominero, permitirnos añadir aquí líneas o párrafos con observaciones de pormenor a este sabio y ambicioso tratado general que, en los límites que se fijó, renueva y amplía inmensamente la materia, sutiliza y ahonda el comentario y reúne y apronta, para cada tema o autor, la bibliografía válida y actual de la historia literaria de Bizancio, pasando a constituir, con los libros de Beck, instrumento indispensable, modernizado y eficaz de todos los investigadores de este mundo cultural. Lo que nos incumbía, y nos satisfaría haber llevado a cabo, era delinear con justeza ante los estudiosos el *eidós* que inspiró la concepción de la obra y a que responde cumplidamente.

ISIDORO MILLÁN GONZÁLEZ-PARDO

L, 1.º. — 15